

Galería de poetas catalanes modernos



JOSE M. LOPEZ PICÓ



AGUSTIN ESCLASANS

EL año 1914, la Sociedad Catalana de Ediciones, de Barcelona, publicó un volumen de más de 300 páginas, con el título de *Antología de Poetas Catalanes Moderns*, compilada por Alejandro Plana. La obra, que llevaba un extenso prólogo lucidísimo del propio antologista, hizo fortuna, y ha sido durante muchos años un libro de consulta obligada para quienes han querido documentarse sobre la poesía catalana moderna. En la cubierta del volumen figuran treinta y siete nombres de autores. La lista es un poco larga, pero hay que copiarla entera, pues constituye un verdadero florilegio de los poetas líricos que integraban la falange de avanzada en Cataluña a principios de siglo. Son los siguientes: Juan Maragall, Emilio Guanyabens, Ignacio Iglesias, Luis Via, Miguel Costa y Llobera, Juan Alcover, Gabriel Alomar, José Pijoán, Juan María Guasch, Francisco Pujols, Jaime Bofill y Matas, José Carner, Eugenio d'Ors, Joaquín Ruyra, Anonio Navarro, Jerónimo Zanné, Miguel de los Santos Oliver, Lorenzo Ribes, Juan Puig y Ferrer, Francisco Sitja Pineda, Miguel Ferrà, María Antonia Salvá, Juan Llongueras, Ramón Vinyes, Pedro Prat Gaballí, Miguel de Palou, Vicente Soler de Sojo, José Leonart, José María López-Picó, Joaquín Folch y Torres, Ambrosio Carrión, José Masó Ventós, Carlos Soldevila, José María de Sagarra, Carlos Riba, Luis Valeri y Climentina Arderiu. Han pasado los años, y el tiempo no ha transcurrido en vano. Algunos de estos nombres han desaparecido del mundo de los vivos; otros han enmudecido; la mayoría han evolucionado. El concepto del modernismo lírico ha sido también modificado. Poco después de la publicación del libro de Alejandro Plana comenzaban a ver la luz los cuadernos de *La Revista*, que dirige José María López-Picó, y con ellos iba fundándose un confortable hogar de convivencia intelectual. Entre la lista de sus publicaciones, que ya sobrepasan el centenar de volúmenes, hallamos nombres nuevos: Joaquín Folguera, Ramón Rucabado, Agustín Esclasans, José Aragay, Fernando Soldevila, Mercedes Vila, Miguel Forteza, Ventura Gassol, Salvador Alberti, Mariano Manent, Trinidad Catasús, José Sebastián Pons, Millàs-Raurell, Juan Salvat-Papasseit, Guillermo Colom, Alfonso Maseras, Carlos Fages de Climent, María Teresa Vernet, Sebastián Sánchez-Juan, Ivo Pons, María Perpinyá, Juan Teixidor, J. M. Rovira Artigas, Carlos Grandó, Juan Arús y Tomás Garcés. Si a estas listas añadimos los nombres de los independentes y principiantes (Ana María de Saavedra, Concepción Casanova, María Verger, Pedro Guilanayá, Rosendo Llatas, Salvador Perarnau, Melchor Font, Ignacio Agustí, J. V. Foix, José María Junoy, Luis Bertrán y Pijoán, Mateo Janés y Durán, etc.), tendremos casi completo el cuadro de los productores líricos de Cataluña. Llega hasta aquí la nomenclatura. Ahora intentaremos hacer un poco de estadística. Y, finalmente, procuraremos dibujar contornos vivos de perspectiva.

Se ha dicho, y es cierto, que Verdaguier es nuestra cantera verbal. Tenemos, con él, las facultades expresivas. Pero hay que escuchar a Maragall para descubrir la pura llama lírica. El es quien abre los caminos de nuestro espiritualismo. Después de él, un nombre y una obra, Xenius y su *Glossari*, ensanchan los campos especulativos bajo el signo del arbitrarismo. Cataluña empieza a vivir su intelectual epopeya novecentista. Soplan auras de universalidad por encima de la literatura catalana moderna. Y aparece José Carner con su lírica renovadora. En el verso carneriano se unen un profundo sentido agrícolico de la ironía, una catalanidad paisajista inefable y una persistente influencia de la manera de todos los grandes poetas europeos del fin y el principio de siglo. José Carner, con el empleo de un léxico arcaico que pa-

rece un bordado de neologismos, es un parnasiano pasado por el cancionero popular. Falta a nuestra nueva poesía el sentido de la abstracción, la prueba del dolor y de la muerte, el experimento del más allá. Y aparece a la hora exacta José María López-Picó. Su *Ífrica*, recogida en veinticinco opúsculos, es fundamentalmente la obra de un recio poeta cristianocatólico.

Sus características principales son: poesía de verdadero Renacimiento, con una limitación de fondo severamente castigado, casi ascético; por paradoja, una volutuosidad verbal inextinguible; un sentido elegantísimo, casi femenino de tan delicado, del paisaje catalán y un don de humanismo y de universalidad verdaderamente proteico. José Carner y José María López-Picó han influido

toda la joven literatura catalana, y son sus dos maestros indiscutibles. Separados, constituyen dos matices diferentes, ambos admirables, del modo lírico que place a las actuales generaciones. Juntos, son un todo perfecto, que hace honor, por su grandeza y magnificencia, a la expresión lírica normal de la nueva Cataluña. Poesía de humanistas, que enlaza nuestra tradición moderna con la truncada tradición aristocrática de nuestros clásicos. José María de Sagarra, salvando las distancias de tiempo y manera, renueva en nuestra época el experimento de Guimerá. Lírico de raza, su psicología ha derivado triunfalmente hacia la escena. Su teatro en verso es poema dramático más bien que ortodoxa acción escénica. El teatro de Sagarra es el corolario lógico, casi matemáticamente resuelto, de Pitarra pasado por Guimerá. Su lírica es graciosamente sensual, particularmente en la canción de taberna y en el endecasílabo popularizante. Jaime Bofill y Matas, el más arbitrario de nuestros líricos actuales, dotado de un difícil don de funambulismo cerebral, deriva de Carner

por el fondo irónico, y tiene de López-Picó la suntuosidad expresiva y la gracia de las imágenes sintéticas. Carlos Riba, con sus *Estances*, rinde los máximos honores a la pureza conceptual. Arquitecto de abstracciones, Riba dibuja sus poemas a punta sintética de pluma incisiva. Partió de Poe y Mallarmé, y actualmente vive bajo las alas opacas de Rilke y Valéry. El, con López-Picó, es el lírico de nuestras preferencias. La lúcida conciencia de Carlos Riba ejerce sobre la joven poesía catalana una influencia depuradora única. Poeta difícil, transparente y duro como un diamante. Por consiguiente, más querido y admirado cuando se le entiende y aprecia después de una lenta iniciación. Joaquín Folguera, muerto en 1919, parte de Apollinaire y Marinetti, para ir depurando su razón poética a medida que el dolor se enseñorea de su cuerpo y de su alma. Sus últimos poemas, desnudos de toda imagen, cantan el silencio, el olvido, la soledad y el más allá. Poemas desesperados, de una pureza pavorosa y noablemente emocionante. Juan Salvat-Papasseit, muerto en 1924, parte del anarquismo y el nacionalismo. Después de los caligramas y las palabras en libertad, siente un gran deseo de orden, que se le transforma en un popularismo deliciosamente sano. Sus poemas últimos son de un tono erótico, que, viniendo del cubismo y el futurismo, recuerda la pompa bíblica del Cantar de los Cantares. Ventura Gassol, nacido en el seno de la canción popular, ha llevado las formas ágiles del folklore vivo al poema y a la escena. El público, sin embargo, le admira y quiere por sus poesías patrióticas, rebosantes de savia sensual y de calideces de tierras al sol. Sebastián Sánchez-Juan irrumpe en el campo lírico con un tono de vanguardismo estridente, que une el futurismo con el sobrerrealismo. Tiene una sensibilidad afinadísima, de cuerda de violín seráfico, que a menudo se rompe y da un son inefable tras un vuelo de ala espectral. Sin embargo, tiene un sentido de lo grotesco y de



EUGENIO D'ORS XENIUS



JOSE MARIA DE SAGARRA

lo caricaturesco que descubre en él grandes posibilidades, ya más allá del vanguardismo circunstancial, para la lírica popularista. Tomás Garcés empezó recreando, con sensibilidad moderna, las viejas formas de la canción popular. Su facultad lírica se ha ido enriqueciendo, y hoy, más acá de la simple lírica del pueblo, halla matices de armonía vagamente inglesa, con un leve dejo de decorativismo italianizante. Finalmente (pido perdón con humildad por tener que hablar de mí; lo hago tan objetivamente como puedo, como si yo fuese otro), Agustín Esclasans, con sus siete libros de *Ritmes*, cuatro publicados y tres inéditos, intenta aportar al catalán una adaptación métrica moderna del exámetro antiguo, con un ritmo de forma solemnemente martilleante y un ritmo de fondo suntuosamente humanis'ta. Su obra, hasta ahora, ha sido muy mal comprendida por la crítica, y su esfuerzo sistemático no le ha valido más que sarcasmos y anatemas fulminantes. Es un *poète maudit*, a pesar suyo. Pero su intelectualismo es de estirpe clásica, y acabará imponiéndose.



TOMÁS GARCÉS



JOAQUÍN FOLGUERA

hacer patria. Por consiguiente, ambos tonos, el popularista y el academista, partieron del floralismo. Al combinar nuestra galería de poetas catalanes modernos, hemos pensado adrede tan sólo en nuestra bien llamada Escuela de Barcelona. Pero también teníamos en cuenta los matices balear, valenciano y rosellonés. A nosotros, sin embargo, nos interesa sobre todo el tono normal, ciudadanamente normal, que dan los escritores catalanes de Barcelona, con el gran filólogo Pompeyo Fabra en la Presidencia. Y si nos situamos en el cruce de ambos caminos, el popularista y el academista, vemos claramente que toda la obra poética moderna arranca de Xenius y de su *Glosari*.

Después de él, con su arbitrarismo novecentista, es posible ya un vanguardismo que acaba convirtiéndose en sobrerrealismo en estos últimos tiempos. Todo ello es tarea de apertura de puertas y ventanas, para que se pueda respirar a pleno pulmón. Nosotros, los heroicos protagonistas de la tragedia intelectual de Cataluña, debemos, sin embargo, hacer lo posible y hasta lo imposible para que todas estas tendencias, hoy ya agotadas y en decadencia, sean superadas pensando en un inmediato futuro de perfección. El porvenir está en las manos del humanismo. Han terminado ya los triunfos fugaces de los poetas de pasatiempo. Queremos hombres de biblioteca. Exigimos líricos documentados, poetas que cuando escriban versos puedan afirmar en verdad que cada experimento lírico es el colofón geométrico y matemático de una preparación mental y cordial heroica y estoica. La mayoría de nuestros jóvenes líricos adoran en Paul Valéry. Perfectamente. Pero hay que tener muy en cuenta que si bien Valéry es una exacta cosecha de cuerpos geométricos, su autor nos los presenta siempre sobre una almohada de pétalos de rosa. Estructuras, bien. Pero a condición que nos las muestren recubiertas con la divina carne verbal. La sequedad adusta de ciertos líricos modernos no es buen camino para nuestra lírica joven. Todo lírico perfecto debe ser un voluptuoso de la armonía verbal. Hay que decir cosas, claro. Pero el arte es la gracia expresiva. Y éste ha sido el error máximo del sobrerrealismo que acaba de fallecer en Cataluña. Propugnamos para el futuro una lírica de Renacimiento, producto impecable de hombres saturados de humanidades. Queremos poetas sabios y responsables. Cada día nos interesan menos los inspirados por la Musa, que casi siempre son los dejados de la mano de Dios. Hoy, después del floralismo y el novecentismo, liquidados por agotamiento el popularismo y el academismo, vibrante todavía nuestra joven lírica de las influencias del vanguardismo y el sobrerrealismo, atravesamos unos momentos de recapitación y recuento de fuerzas, para lanzarnos, con plena conciencia, a la realización definitiva de nuestros anhelos de perfección poética. Si las perspectivas no nos engañan, creemos que se puede hablar ya de una posible Escuela sensibilista y de una segura Escuela intelectualista, la primera integrada por los jóvenes poetas que partieron del popularismo y la segunda precedida por los líricos que militaron algún tiempo en el academismo. Quien esto escribe propulsa la segunda. Lo cual no es óbice para respetar y admirar a la primera, cuando sus realizaciones son verdaderamente dignas de encomio. Los diez nombres de poetas cuyos retratos figuran en la galería adjunta constituyen un equipo impecable para lanzarse a la lucha definitiva y obtener el triunfo total de la joven lírica catalana universalista, que es la única que nos interesa, a nosotros, catalanistas intelectuales.



JUAN SALVAT-PAPASSEIT

También se ha dicho que toda antología es parcial. Como debe serlo, a fin de cuentas, esta Galería. Durante un siglo, desde la *Oda a la Patria*, de Aribau, los poetas catalanes han considerado que sus obras eran un acto político. Esto explica el hecho de que en Cataluña los hombres que escriben versos sean legión. Nombrarlos, para muchos de ellos, ya es hacerles honor. Las tendencias intelectuales modernas procuran separar la política de la literatura y hacer de la creación lírica un acto de arquitectura mental

y verbal pura. En la galería de retratos que acompaña este breve estudio he querido sintetizar, en diez nombres, diez posibles puntos de partida para una futura historia de la nueva poesía catalana de tono universalmente normal. Ahora bien: ni que decir tiene que cada epígono se cree un Mesías, y yo no niego ni afirmo que también sobre las obras de otros líricos jóvenes se pueda, con el tiempo, construir un bello edificio lírico. Lo que hay que hacer constar es que el esfuerzo de los modernos líricos catalanes ha sido ingente. Y que es muy posible que la tarea heroica de muchos olvidados sea infinitamente más respetable que la obra pura de muchos triunfadores de hoy. Nos preguntamos, y se pregunta nuestra gente, a la hora de ponerse en marcha la autonomía de Cataluña, qué camino seguirán nuestras letras en el futuro. Asistimos a la liquidación de los últimos estertores vanguardistas y hasta sobrerrealistas. Menguado ha sido el éxito, y mucho más insignificante la influencia. La actual poesía catalana aspira a un orden, y a un orden normalísimo, a base de responsabilidad y de transcendentalismo, de cara a un porvenir abierto a todos los vientos del espíritu. Parcial o imparcial, todo estudio al margen de la nueva poesía catalana debe tener por objeto fundamental preparar los caminos del mañana. La crítica, siempre inadaptada, habla de falta de perspectivas. Error. Cuando las perspectivas no existen para el crítico adocenado, el buen creador lírico las inventa. ¿Tenemos, pues, perspectivas literarias para el futuro, en Cataluña? Yo creo que sí.

Los Juegos Florales de Barcelona fueron un horno candente entre cuyas llamas se fundieron todas las voluntades de creación y todos los matices líricos. Hoy, a distancia, descubrimos ya que el floralismo, actualmente en total descrédito, contenía en potencia, a un mismo tiempo, un popularismo y un academismo. En el recinto patriótico de los Juegos Florales cabían el hombre de la calle y el hombre de la Universidad. La cuestión era



SEBASTIAN SANCHEZ-JUAN



VENTURA GASSOL ROVIRA



CARLOS RIBA

Los Juegos Florales de Barcelona fueron un horno candente entre cuyas llamas se fundieron todas las voluntades de creación y todos los matices líricos. Hoy, a distancia, descubrimos ya que el floralismo, actualmente en total descrédito, contenía en potencia, a un mismo tiempo, un popularismo y un academismo. En el recinto patriótico de los Juegos Florales cabían el hombre de la calle y el hombre de la Universidad. La cuestión era

AGUSTÍN ESCLASANS